

Señor, Dígame Su Nombre

Por Luis Vargas Saavedra

AAE 7977

"FRANCISCA, YO TE AMO", por
José Luis Rosasco. Editorial Planeta,
diciembre 1988.

1985

RECUPERA Rosasco a Rosasco: ha vuelto a escribir ameno, fluido y sencillo. Ha vuelto a escribir una historia de amor. Parecen ser su mejor veta, el eje de su fuerza. Para Simbad creonsta no resulta: su talento descriptivo es tenue y cuando lo acentúa, queda verboso. Así en su libro de viajes.

En cambio, para narrador de enamoramientos limpios y cabales, de un romanticismo adolescente (que es el legítimo), sirve muy bien porque no pretende ni trasciende la belleza ni el exquisito. Narra ademánsandose a sí mismo y a la madurez del muchacho, que se nos confiesa en primera persona. Nada de recurrir al fetichismo de los simbolos como garantía de excelencia. Muy concreto lo suyo: Quintieros, con todos sus recovecos, sugeridos más que agotados en descripciones que fastidiarían como una crudeza del detalle. Tampoco nada de ensayos, tajos, rupturas, interrupciones inoportunas de la maqueta que siempre es una muestra de descontrol sin tijeretazos. Y buena definición del diálogo que, a estas alturas, gusta disfrazado, en ración de interés y no en kilos de relleno.

Dos jóvenes amigos buscan amigas. Lo perturboso, es que Rosasco no haya caído en la distorsión del amor, animulado o, peor que eso, satanizado en mero sexo, en sólo sexo. Es decir, sus personajes no han perdido la atmósfera transparente del amor como entrega de uno a otro. Rosasco no es un pornógrafo ni un taquillero más. Declina ejemplos con suerte, cebó la fácil atracción del lector. O no, la que pone en punto que está narrando desde una inalterada concepción del mundo, la

del reino de Peleas y Melisanda, de Paul y Virgine. Con todos ellos tiene que verselas esta historia de amor.

No desmerece junto a tamaños topes del sentimiento.

Contar la historia que sucede en sus páginas sería boicotear al lector su fiesta personal. Sólo decir que hay estacionamiento temo: es romántico, mejor que tristón, con la perspectiva madura del hombre que fue protagonista de un romance juvenil. Hay narración viva: todo eso ocurre ante nuestros ojos. Y, una vez cerrado el libro, sigue domiciliado en el recuerdo.

No sé si valía la pena arrriesgar el suspense, con anticipos de lo que va o no va a pasar. Como no lo desbarata, funciona. Ha de tener razón. Es un riesgo que le resulta.

De manera que somos conducidos con mano sagaz. No se empantana ni se varía. Se nos advierte que entraremos en capítulo de tal o cual tono. Y, como decíamos, el suspense no se echa a perder.

Los diálogos son ágiles. No hay abuso de las pobres lexicas del habla chilena —uno de los dilemas estéticos de cualquier obra narrativa que quiera ser popular—, ni de la neologística o... casetesca. Ni émes ni hacen. Ni de ese tufo verbal que revuelca la frase en las cunetas o sentinas de la realidad, que también tiene fuentes y rosaledas. Suelen venir tan malodiendes las novelas y los cuentos, que esta obra, sin pretensiones grandiosas, resulta un buen bálsamo de brisa de Quintieros, con oler a edad feliz.

Sospechará, por esto, que Rosasco haya conjurado una arcadia chilena, un edén costero. Así es. Y bien hechizado y hechizante le queda para solaz del que está dispuesto a entrar sin infumbar ni existencialismos de angustia snob.

Distancias hechas, aquí se realiza



disima en gamas como él—sin pretender aminarlo lo que no puede obliterarse, hay, sin embargo, que decir el hastío estético que da la insistencia en vulgarizarlo todo, con la eliminación (increíble) de cualquier asomo de fina belleza y calidad en tales victimas sociales.

Tanto derecho tiene un escritor para enunciar lo que para él es una barbaridad, como lo tiene otro escritor para celebrar lo que para él es una maravilla. Teniendo, maravilla y barbaridad, las ramones éticas que tengan. La postura de Rosasco es netamente la de un "tradicional" de los sentimientos: su personaje cree y vive el Amor con sazón. Y ese mismo asaetado cree y celebra de la misma manera que, también viene a ser la de un trágico remontismo del héroe trágico griego que, injustamente, por ser un dechado de hombre, suscita las humanas envidias de los dioses, que lo matan. Pueden ellos justificarse alegando alguna lesión litúrgica, cierta infracción a los tabús o a los ritos, en fin algún pecado de esa divinidad. Se las arreglan (eso es todo el teatro griego) para destruirlo, o, al pasado enfrentarse al Olimpo, de morir.

Un muchacho en Quintieros, también puede enfrentarse contra el destino y atraer el rayo letal.

Rosasco no faena según esos kilowatts helénicos y en su obra no presentaremos los carbonizaciones de nadie, de muerte de un instil arbol.

Como decía, no es obra con transcendentalismo ni con simbologías. Su gracia y su estrategia están en no pretender tamaños embaucamientos. Escoge bien y se queda en lo sencillo, cotidiano, comparable.

Lo ideal sería leer este libro junto al mar.

*Luis Vargas Saavedra,
de la Universidad Metropolitana.

Señor, dígame su nombre [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1989

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Señor, dígame su nombre [artículo] Luis Vargas Saavedra. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

Biblioteca Nacional

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile